En favor de Babel

Rafael Conte

La Torre de Babel es una historia, real o imaginaria, para muchos una creencia, para otros una idea, y para todos un texto; no es preciso que un texto cuente la verdad para que sea real. Babel es religión, acto de fe, mito, imagen o metáfora del mundo. Algunos la toman como imagen pesimista: el exceso de conocimiento lleva a la confusión, dejando aparte su significado religioso. Otros, negando este aspecto, enarbolan Babel como un camino a seguir, tanto más seductor cuanto que al final podría no tener final, garantizando así nuestra eternidad. Todos los caminos conducen a Roma.

De ahí posiblemente extrajo Jean Paulhan en 1947 su condena contra el hecho de saber diversas lenguas. Si de Babel nos viene la idea —dijo— de que el lenguaje es una prisión —«de la que cada cual se escapa como puede»[1]— no es menos cierto que el pueblo llano considera el lenguaje como una fiesta. Ni siquiera es preciso emplearlo bien, y véase ahora lo que sucede con los cantantes de «rock». «Una lengua es un baile de máscaras»[2], concluía el gran crítico francés.

Pero entre la prisión y el baile, Paulhan prefería la prisión: es el destino de quienes optan por la pureza y el rigor: «En verdad, no es un crimen saber varias lenguas, sino más bien una desgracia... y una desgracia, en todo caso, de la que sería tonto enorgullecerse. No por saber cómo se dice caracol en tres lenguas se conoce mejor al caracol: en general sucede lo contrario... Y no porque se sepa hablar de intelectualidad en siete lenguas se es más inteligente. Es más bien lo contrario... Y no porque pueda uno callarse en dieciocho lenguas se es más elocuente»[3].

Ese es el destino de todo aquel que ama tanto su propia lengua que desea preservarla de toda suerte de impurezas: corre el peligro de asesinarla. El joven sabio español Francisco Rico, que llegó en su osadía a escribir un *Tratado general de Literatura* en cuatro páginas, señala al final que la literatura «ha venido a ser la máxima lengua posible». Pero si una lengua se considera «la máxima» no tiene más remedio que excluir a todas las demás. Lo malo es que a veces lo consigue. La literatura es el triunfo de Babel, pero su salvación reside en que Babel pueda seguir existiendo.

[1] «Dont on s'évade comme on peut».

[2] «Une langue est un bal masqué».

[3] «Bien sûr, ce n'est pas un crime de savoir plusieurs langues, c'est plutôt un malheur... un malheur, en tout cas, dont il serait sot de se vanter. Ce n'est pas parce qu'on sait dire escargot en trois langues qu'on connait mieux l'escargot; en général, c'est plutôt le contraire... Ce n'est pas parce qu'on sait parler de l'intellectualité en sept langues qu'on est plus intelligent. C'est plutôt le contraire. Ce n'est pas parce qu'on peut se taire en dix-huit langues, qu'on est plus éloquent».

Centro Virtual Cervantes

Roma triunfó, el latín se apoderó del mundo civilizado con tanta potencia que siguió existiendo sin Roma durante siglos. Pero al final los antiguos pueblos del Imperio decidieron evolucionar cada uno por su lado, y cada realidad particular edificó su propia lengua sobre las cenizas del gran latín. Cuando una lengua se expande, conquista, sojuzga a otras, se apodera de pueblos que no son suyos, se hace cada vez más fácil, se acerca a su disolución.

Parece ser cierto que todavía no se ha escrito ninguna obra maestra en esperanto, y sería conveniente que no lo fuese jamás, pues el esperanto no es una lengua sino un artilugio, una maquinaria, un artificio que nunca nadie podrá considerar como su propio idioma. Cuando una lengua de verdad aspira a llegar a ser universal corre el peligro de «esperantizarse». Sólo los monjes medievales y el espíritu religioso salvaron la necesidad del latín una vez caída Roma, pero sin reverdecer por ello los laureles de Virgilio y Lucrecio. El español o castellano inundó América Latina y empezó a disgregarse poco a poco y hoy son los escritores latinoamericanos quienes no sólo comparten la herencia de Cervantes sino que mejor la difunden por el mundo entero. Y con el inglés está pasando algo parecido: ¿Quién retoma el legado de Shakespeare a estas alturas? Algunas empresas editoras francesas acostumbran a poner la expresión «traducido del americano», cuando publican libros de los Estados Unidos.

Contra Babel no se puede luchar, pues no es otra cosa que nuestra propia naturaleza. La multiplicidad y división de las lenguas es un proceso natural, fecundo, plural y enriquecedor, y todos los intentos por uniformizar la comunicación entre los hombres sólo pueden llegar de la violencia o del artificio. La violencia, como ya se sabe, engendra violencia; y el artificio niega la esencia misma del lenguaje.

Más aún, si consideramos a la literatura como la máxima lengua posible, dentro de su propia lengua, claro está, y «como un ir y venir entre la memoria y la historia» (F. Rico, también) veremos que cada idioma expresa no solamente una parte del mundo, sino que a su través puede expresar y contar parcelas del universo que ninguna otra lengua puede, particularidades tan profundas y poderosas que al final están reflejando una totalidad del mundo. No hay que preservar las lenguas, que nacen y mueren como las civilizaciones o los seres humanos: lo que hay que hacer es, primero, no asesinarlas, y en segundo lugar ayudarlas a sobrevivir, si en su interior y en su realidad poseen la fuerza suficiente para seguir viviendo. Pues cada lengua refleja el mundo de manera diferente, lo expresa en su propia e insustituible particularidad, que ninguna otra puede contar.

No hay más que un arma contra Babel, que no la destruye —Babel construye y destruye a la vez, no se olvide— sino que se apoya en ella y la reafirma mientras intenta desesperadamente paliar sus resultados: la traducción. Michel Serres ha dicho que sólo conocemos las cosas mediante los sistemas de transformación de los conjuntos que las engloban: La deducción (en la ciencia pura), la inducción (en las experimentales), la producción (en la práctica) y la traducción en los textos. Es posible que Alfonso X el Sabio de Castilla, con sus escuelas de traductores, intuyera algo de todo esto. Y si la traducción puede ser —y de hecho lo es en su mayor medida— un traslado de información de un idioma a otro, la traducción literaria será entonces «la máxima traducción posible», no se olvide.

Esto fue acaso lo que asustaba a Ortega y Gasset en su *Miseria y esplendor de la traducción*: «¿No es traducir —dijo—, sin remedio, un afán utópico?». Se dice siempre eso de que el traductor es siempre un traidor, y Ortega añadía que es la faena más humilde y a la vez exorbitante que existe en el orden intelectual. Dejemos aparte las soluciones propuestas por Ortega —llevar al lector al sistema literario del autor— o el hecho de que la traducción subterránea está presente en toda la literatura universal —¿acaso Faulkner hizo otra cosa que dar nuevas versiones de la Biblia?—, para concluir con George Steiner, el último gran heredero de San Jerónimo: «Entender es traducir». Una tarea imposible y desesperada —como la de Sísifo— que hay que seguir realizando sin parar.

REVISTA AEPE Nº 36-37. Rafael CONTE. En favor de Babel

Centro Virtual Cervantes